

tarán al mismo tiempo el temor y la envidia, dos sentimientos incompatibles con amor y afecto.

César tuvo los mayores vicios, y Catón las mayores virtudes, que pueden caber en la humanidad; pero César poseía las *leniores virtutes* que faltaban á Catón, las cuales le procuraron el amor de sus mismos enemigos, y le ganaron el corazón de todos los hombres á despecho de la razón; á la vez que Catón no fué querido ni aun de sus amigos, á pesar de la estimación y respeto que no podían rehusar á sus virtudes; y yo me inclino á creer que si César se hubiere visto privado de estas *leniores virtutes*, y Catón poseído de ellas, no habría el primero atentado, á lo menos con suceso, contra las libertades de Roma, el segundo las habría protegido eficazmente. M. Addison en su tragedia de Catón dice lo que me parece muy cierto :

Curse on his virtues, they've undone his country (a).

Se refiere en estas palabras á aquellas virtudes pequeñas pero más persuasivas, como la blandura, la afabilidad, la complacencia y el buen humor. Los conocimientos de un literato, el valor de un héroe, las virtudes de un estoico, excitarán la admiración; pero si los conocimientos van unidos con la arrogancia, el valor con la ferocidad, y la virtud con una severidad inflexible, nunca llegará el hombre á ser amado. El heroísmo de Carlos XII, rey de Suecia, si su valor brutal merece tal nombre, atrajo la admiración universal, pero su persona fué mal quista de todo el mundo; á la vez que Enrique IV, rey de Francia, que poseyó un valor igual, y sostuvo guerras mucho más largas, fué generalmente amado en consideración á sus virtudes sociales, aunque menos brillantes. Todos los hombres nos hallamos formados de tal manera, que nuestra razón es por lo común el juguete de nuestro corazón, ó lo que viene á ser lo mismo de nuestras pasiones; y el modo más seguro de chasquear la primera, es ganar al segundo, lo cual sólo se consigue por medio de las *leniores virtutes*, y del hábil uso de ellas. Por ejemplo: la insolente cortesía de un hombre orgulloso nos disgusta quizá más de lo que lo habría hecho su grosería, porque con su modo nos dice que sólo por bondad y mera condescendencia nos muestra una cortesía que no tendríamos dere-

(a) Malditas sean sus virtudes, porque ellas causaron la ruina de su patria.

cho de reclamar. Nos anuncia su protección con un gracioso movimiento de cabeza, en lugar de atestiguarnos su amistad por medio de una reverencia común, y se lee en su aspecto que nos *da permiso* para que nos sentemos, comamos ó paseemos con él, en vez de invitarnos á que nos sirvamos hacerlo.

La estudiada liberalidad de un hombre orgulloso, insulta muchas veces al desgraciado que socorre, porque tiene cuidado de hacerte sentir la miseria en que te hallas, y la diferencia que hay entre su situación y la tuya, é insinúa que ambas son justamente merecidas, la suya por su saber, la tuya por tu ignorancia (a). El pedante insolente no comunica su saber, sino que lo promulga; en vez de dártelo te lo impone, y se halla más deseoso, si es posible, de manifestarte tu propia ignorancia que su saber. Maneras como éstas, no sólo en los ejemplos particulares que llevo señalados, sino en cualquiera otros, chocan é irritan aquel grado de vanidad y de amor propio que todo hombre tiene en su corazón, borran el reconocimiento por el favor recibido trayendo á la memoria el motivo que lo produjo y el modo con que se concedió.

Estos defectos indican las perfecciones opuestas, y tu propio buen sentido te las sugerirá naturalmente.

Pero además de estas virtudes menores, hay ciertos talentos más pequeños, ó llamémosles prendas, que adornan y relevan el mérito de las grandes, tanto más, cuanto que todo el mundo es apto para juzgar de las unas, y muy pocos para decidir de las otras. Cada uno siente la impresión que sobre él hace una blandura insinuante, un modo de hablar agradable y una urbanidad complaciente, cualidades que allanan el camino, y preparan un recibimiento favorable á otras que le son superiores. Á Dios.

(a) Voi, che donate altrui, prendete cura
Che il don pena non costi a chi' I riceve;
Che il beneficio in oltraggiosa e dura
Maniera fatto, a chi vien fatto è greve.
Non lega i cuori, ingrati anzi li rende
La man che dona, e nel donare ofende.

(CLASIO.)

Tr.

LONDRES, 26 de Diciembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

El principio de año es una temporada en que la costumbre parece autorizar más particularmente las mentiras inocentes y civiles, bajo el nombre de cumplimientos. Las gentes se prodigan mutuas felicitaciones nacidas rara vez del corazón, y se manifiestan deseos que por lo común no sienten. El caso es diferente entre tú y yo, porque en donde hay verdad, los cumplimientos no encuentran cabida.

Di tibi dent annos, de te nam cætera sumes. Este cumplimiento personal fué dirigido en otro tiempo por un hombre que ciertamente no pensó en lo que decía. Con mayor verdad puedo yo dirigirte iguales palabras con el cambio de una sola. Haré condicional la primera parte de la frase, poniendo en la segunda *si*, en lugar de *nam*. ¡Ojalá vivas tan largo tiempo como lo merecieses, pero ni un minuto más sin merecerlo!; ó más bien, ¡mueras antes que dejar de ser digno de vivir! La verdadera ternura con que te miro, es causa de que me interese más tu manera de vivir, que tu longevidad, y la que me impide desear que vivas, ni por un solo día, desde el momento que te deshonoras con el crimen, ó atrajerés sobre ti la vergüenza y el oprobio. No hay bastante maldad en mi naturaleza para desear esto á mi mayor enemigo. Tú eres el principal objeto de todos mis cuidados, el único objeto de todas mis esperanzas: tengo ya motivo para creer que recompensarás los primeros y satisfarás las segundas; en cuyo caso, ¡vive luengos años!, porque serás dichoso: *de te nam cætera sumes.* El testimonio de una conciencia virtuosa es el único cimiento sólido de toda felicidad, porque las riquezas, el poder, el rango y todo lo que en el mundo se considera como dicha, nunca apaciguarán ni mucho menos curarán, los remordimientos interiores de una conciencia criminal (a). Á este deseo principal agregaré los de la buena nodriza de que habla Horacio en su epístola á

(a) No te niego que verás
Alguna vez al malvado,
En la culpa afortunado;
Pero tranquilo, jamás.

(El Chileno Instruído.)

Tr.

Tíbulo: *Sapere*; ese ya lo tienes en grado muy regular; *Et fari ut possit quæ sentiât.* ¿Posees este don? Esta frase significa más, mucho más que la simple habla ó mera articulación. Temo que mis deseos de verte poseído de este don, se prolonguen mucho, y te lo deseo con todo mi corazón. *Gratia* y *Fama* son compañeras inseparables de las cualidades ya mencionadas. *Valetudo* es el único bien que no depende de ti; el cielo sólo puede concedértelo, y yo le pido que te lo otorgue á manos llenas. Por lo que toca á *mundus victus non deficiente crumena*, merécelo y yo te lo procuraré (a).

Resiento el mayor placer al considerar la hermosa perspectiva que tienes delante. Á tu edad has visto, leído y aprendido más de lo que suele ser el caso en jóvenes de veintidós ó veintitrés años. La carrera á que te destinás es brillante, y los que sobresalen en ella ocupan los puestos de primer orden, y alcanzan la superioridad y la fortuna. Tu educación ha sido calculada para este fin, y en justicia debo decir que los afanes para procurártela no han sido arrojados por la ventana. Te faltan únicamente dos cosas: la elocuencia y las maneras, es decir, las gracias de la elocución y las de los modales; pretender adquirirlas no es querer contar las estrellas; son cosas que se consiguen con un poco de cuidado, y se hallan tan en tu mano, como lo está el polvorear tu cabello. ¿Permitirás pues, que la falta de ellas obscurezca, como ciertamente lo haría, la brillante perspectiva que se presenta delante de ti? Estoy seguro de que no lo permitirás. Ambas son la extremidad aguda, la punta del clavo que debe abrir paso para que penetre la parte más sólida y gruesa. Suponiendo que tu carácter moral sea tan puro, y tu juicio tan sano, como realmente los creo ser, no te faltaría, para llegar á la perfección que constantemente te he deseado, y que con tantas fatigas he tratado de procurarte,

(a) Burgos traduce así los deseos que Horacio manifiesta á Tibulo.

Talento y virtudes tienes.
Con gentileza dióte y gallardía
El cielo y con riquezas,
De gozarlas la ciencia peregrina
Á su niño querido
¿Qué más desear puede una nodriza
Que cordura, elocuencia,
Fama, salud, poder, mesa bien limpia,
Y sobre todo, amigo,
Una bolsa que nunca esté vacía?

Tr.

no te faltaría, digo, sino la elocuencia y las maneras. Un hombre que nace sin genio para la poesía nunca será poeta, ó cuando más llegará á ser un poeta malísimo; pero todo hombre que tiene la facultad de hablar, puede, si quiere, hacerlo con corrección y elegancia, prestando atención á los mejores autores y oradores; y á la verdad, yo aconsejaría á quien no hablase con elegancia que se abstudiese de hacerlo, porque estoy seguro de que ganaría más con su silencio que con sus discursos. Por lo que toca á la cortesía, todo el que frecuenta las buenas compañías y no es cortés, no puede menos de haberse formado la firme resolución de no serlo nunca, y tomándose penas infinitas para quedarse tal cual es; porque de otro modo adquiriría naturalmente y sin sentir, el aire, las gracias y el tono de las personas con quienes habla. Es probable que en el curso del año que va á comenzar, visites varias capitales y asistas á reuniones distinguidas más numerosas y variadas que en ningún otro año de tu vida; y por consecuencia, debes apropiarte algunas de sus maneras, y esto que quieras que no; pero como no es posible creer que dejes de poner empeño para que así sea, me convenzo de que lo conseguirás, y que á tu regreso á Inglaterra tendré el gusto de considerarte como uno de los hombres mejor educados de Europa.

Me imagino que cuando recibes mis cartas y llegas á aquellos pasajes que se refieren á la elocuencia y á la cortesía, dices, ó á lo menos piensas: ¡Qué! ¿no dará nunca fin con estas dos materias? ¿No ha dicho ya cuanto puede decirse sobre el particular? ¿Á qué intento repetir una y otra vez la misma cosa? Si así lo dices ó piensas, es porque sin duda no conoces aún la infinita importancia de unas prendas que nunca podré recomendarte con demasiada frecuencia, ni inculcar suficientemente en tu corazón. Pero si por el contrario te hallas convencido de la utilidad, ó por mejor decir, de la necesidad de ellas, y estás resuelto á adquirirlas, mis repetidas amonestaciones son únicamente inútiles, y yo no siento las penas que me tomo con tal de que puedan redundar en tu beneficio.

Me lisonjeo de que tu morada en Roma contribuirá mucho á realizar mis esperanzas, y estoy seguro de que así será, si empleas tu tiempo, y todo tu tiempo, como debes. Desearía que consagrases las primeras horas de la mañana á tus estudios serios con M. Harte; el intermedio del día puedes emplearlo en ver las cosas curiosas, y las tardes en visitar las buenas compañías. Estoy creído de que tu natural no propende á la pereza é inac-

ción de cuerpo ni de alma; y en tal virtud el día es suficiente para todo, principalmente en Roma, en donde no es moda, como aquí y en París, disipar en la mesa siete horas por lo menos; pero si por casualidad te faltaren dos ó tres horas para alguna ocupación útil, tómalas de tu sueño. Seis ó siete horas á lo más, de sueño consecutivo, bastan para satisfacer la necesidad de todo hombre. Permanecer más tiempo en la cama es alimentar la modorra y la flojera, y estoy seguro de que es tan malsano, como conducente á la estupidez. Si por contingencia te retuvieren tus placeres ó tus negocios hasta las cuatro ó cinco de la mañana, te aconsejaría sin embargo, que te levantasess exactamente á tu hora acostumbrada, no sólo para no perder un minuto del precioso tiempo de las mañanas, sino también para que la falta de sueño te obligue á acostarte más temprano la siguiente noche. Este consejo me lo dió, siendo yo muy joven; un hombre de mucho juicio, y te aseguro que lo seguí exactamente en la época más disipada de mi vida. Con frecuencia he ido á acostarme á las seis de la mañana, sin dejar por eso de levantarme á las ocho; de esta manera ganaba yo muchas horas que perdían mis compañeros; y la necesidad de sueño me obligaba á reparar la pérdida la noche siguiente, ó á lo menos la tercera. Á este método debo la mayor parte de mis lecturas, porque desde veinte hasta cuarenta años, habría leído muy poco si no hubiese estado en pie, mientras mis conocidos se hallaban aún en la cama. Considera bien el verdadero valor del tiempo, y no dejes ir el menor intervalo sin aprovecharlo en alguna cosa. Da de mano á la pereza y á la ociosidad, y no andes con demoras ó retardos en hacer las cosas: nunca dejes para mañana lo que pudieres hacer hoy. Tal era la regla del famoso é infortunado De Witt, quien, siguiéndola exactamente, encontraba tiempo, no sólo para atender á todos los negocios de la república, sino para pasar la prima noche en reuniones y cenas, como si no tuviese ninguna otra cosa que hacer ó en qué pensar.

Á Dios, mi querido amigo, por que tal te llamaré en lo de adelante, y como tal viviré contigo. Renuncio todos los títulos que implican una autoridad que espero no me darás motivo de ejercer nunca.

Multos et felices, con la mayor sinceridad, á M. Harte.

LONDRES, 8 de Enero de 1750.

MI QUERIDO HIJO.

Rara vez ó nunca te he hablado sobre la religión y la moral, porque estoy persuadido de que tu propia razón te ha dado nociones verdaderas de ambas, y no hay discurso que se acerque á la elocuencia que les es propia cuando hablan por sí mismas al corazón ; pero si necesitas de algún auxilio sobre este particular, tienes á la mano á M. Harte, en quien hallarás el precepto y el ejemplo. Te remito pues, á tu propia razón y á M. Harte para la realidad de ambas, y me limitaré en esta carta á hablarte de la decencia que les conviene, de las ventajas que procuran y de la necesidad de conservar escrupulosamente las apariencias de una y otra. Cuando digo apariencias de religión, no pretendo que hables ú obres como un misionero ó un entusiasta, ni que entres en controversia armado de un garrote para defenderte de cualquiera que atacare la secta á que perteneces, lo cual sería tan vano como impropio de tu edad ; lo que quiero decir es, que por ningún motivo aparezca que apruebas, ó que sostienes y aplaudes aquellas ideas libertinas que echan igualmente por tierra toda clase de religiones, y que no obstante lo muy usado de ellas, sirven siempre de miserables lugares comunes, á los ingenios mediocres y á los filósofos enanos. Aquellos mismos que son bastante necios para reir de sus sarcasmos, tienen sin embargo, bastante discernimiento para desconfiar de tales caracteres y detestarlos ; porque, considerando las virtudes morales en todo su valor, y la religión en todo el demérito que quiera dársele, siempre se reconocerá que la religión es, cuando menos, una fianza indirecta de la virtud ; y todo hombre prudente preferirá dos fianzas á una sola (a). Así pues, siempre que te aconteciere hallarte en compañía de estos pretendidos *espíritus fuertes*, ó con libertinos atolondrados que se mofan de todas las religiones para

(a) El presidente de Eguilles y el marqués de Argens eran hermanos, y ambos poco cristianos. Tenían otro hermano muy devoto, y un día que se burlaban entre sí, de la devoción de aquél, considerándola como efecto de su simplicidad, el marqués dijo al presidente, como si lo hubiese considerado de antemano : Pues bien, hermano, aunque nos burlamos de él, te aseguro que si tuviese yo que depositar algo en tus manos ó en las tuyas no serías tú el preferido. Tr.

hacer ostentación de su entendimiento, ó que no profesan ninguna para que nada falte á su desenfreno, no pronuncies palabra, ni dirijas mirada, que pudiere dar á entender que apruebas en lo más mínimo tales demasías ; al contrario, deja que un grave silencio denote enérgicamente tu disgusto y desaprobación ; pero no entres en materia, y evita una controversia tan inútil como indecente. Ten por cierto que todo hombre que pasa por irreligioso es visto de muy mal ojo, y no inspira ninguna confianza, á pesar de los pomposos y plausibles epítetos que pretende usurpar, como de espíritu fuerte, de amigo de la libertad de pensar, ó de filósofo moralista, cuando un ateo de buen sentido, si tal ser existe en el mundo (a), aparentará á lo menos, por su propio interés y fama, que tiene alguna religión.

No basta que tu carácter moral sea puro ; es además necesario que, como la mujer de César, se halle exento de sospecha (b). La menor mácula ó tacha que en él apareciese, sería una fatalidad (c). Nada degrada y envilece tanto como esto, porque excita simultáneamente la execración y el desprecio de los hombres. Se ven, sin embargo, en el mundo, desdichados bastante corrompidos

(a) Un pisaverde, con pretensiones de filósofo, fué á visitar una vez al padre jesuíta Oudin, y con el desembarazo y tono de confianza que suelen usar estos caballeros le dijo : Padre, sé que es Vd. hombre de mérito y no me pesaría que entrásemos en discusión sobre lo que Vd. llama su religión. — Caballero, replicó el padre, confieso á Vd. francamente que siempre he evitado las controversias en materias de fe, y por lo tanto le pido que me dispense de aceptar el desafío. — Á lo menos, replicó el joven fatuo, me contentaré con hacer saber á Vd. que soy ateo. Á estas palabras el padre Oudin queda suspeso, guarda un profundo silencio, y por largo rato lo considera atentamente de la cabeza á los pies. — ¿ Qué encuentra Vd. de singular en mí, le dijo el jóven, para observarme de tal manera ? El Padre replicó : había yo oído hablar varias veces del ateo, pero no conocía yo la figura de semejante animal ; y pues que se presenta una ocasión de conocerlo, quiero aprovecharla á gusto mío. (L. M.)

(b) Nè men del vero
L'apparenza del fallo
Evitar noi dobbiam : la gloria nostra
É geloso cristallo, è debil canna
Che ogn' aura inclina, ogni respiro appanna.
(METASTASIO.)

(c) Plauto dice :
Omnes bonos bonasque accurare addecet
Suspicionem et culpam ut ab se segregent.

para rechazar con desprecio todas las nociones de moral, buenas ó malas, y sostener que son puramente locales y dependientes en un todó de las costumbres y modas de diferentes países. Vense aún miserables más depravados si es posible, como son aquellos que afectan predicar y propagar estas nociones absurdas é infames sin creerlas ellos mismos. Tales hombres son diablos disfrazados, y te conviene huir de ellos cuanto te fuere posible, porque en cierto grado hacen reverberar su infamia y baldón sobre las personas que les hablan; pero como la casualidad puede á veces hacerte caer en tales compañías, debes tener mucho cuidado de que ninguna complacencia, ningún buen humor, ningún acaloramamiento de festín ó banquete, pueda nunca hacer creer que consientes en tan infames doctrinas, y mucho menos que las apruebas. Por otra parte, no disputes, no entres en argumentos serios sobre un asunto tan despreciable, conténtate únicamente con decir á estos *apóstoles*, que sabes bien que no hablan con seriedad; que tienes de ellos mejor opinión que la que ellos desearían comunicarte, y que estás muy seguro de que no querrian practicar las doctrinas que predicán. Pero reconócelos en secreto, y evítalos para siempre después (a).

Nada es más delicado, ni que te interese conservar con mayor pureza, que tu honor y tu carácter moral (b); porque si llega á sospechársete de injusticia, de malignidad, de perfidia, de mentira etc.; todo el mérito imaginable, y todos los conocimientos del mundo, no te procurarán jamás la estimación, la amistad, ni el respeto de nadie. Una extraña concurrencia de circunstancias ha hecho que hombres muy malos hayan subido á ocupar á veces los puestos más eminentes; pero su elevación se asemejaba á la de los criminales sobre la picota, en donde sus personas y sus crímenes aparecen en mayor claridad, y son por lo mismo más conocidos, más detestados y más expuestos á los insultos y ultra-

(a) La doctrina de los malos
Huya siempre de tu pecho;
Más valen del bueno palos
Que no del malo regales;
Porque hacen muy mal provecho.
(ARANDA.) Tr.

(b) El honor
Es de materia tan frágil,
Que con una acción se quiebra
Ó se mancha con un aire.
(CALDERÓN DE LA BARCA.) Tr.

jes. Si hay caso alguno en que la afectación y la ostentación merezcan indulgencia, es ciertamente en punto á moralidad; y aun en este caso no te aconsejaría yo que ostentases una virtud farisaica; pero si te recomendaré que seas de lo más escrupuloso y delicado en punto á tu carácter moral, y que cuides muchísimo de no decir ó hacer nunca nada que pueda alterarlo en lo más mínimo. Muéstrate en todas ocasiones el amigo y abogado de la virtud, pero nunca su espadachín (a). El coronel Chartres, de quien seguramente has oído hablar (que pienso fué el libertino más desalmado y más difamado del mundo, y que reunió inmensas riquezas á fuerza de crímenes de toda especie), sintió hasta tal punto las desventajas de una mala reputación, que yo le oí decir una vez, con toda la impudencia que le era genial, que no daría un cuarto por la virtud, pero sí daría diez mil libras esterlinas por una buena reputación, porque con ella podría ganar cien mil libras más; á la vez que la grande difamación en que había caído, no le procuraba nuevas ocasiones de engañar á nadie. ¿Será pues posible que un hombre honrado vea con indiferencia lo que un advertido bribón habría pagado tan caro?

Muchas personas de buena educación, y en lo substancial de buenos principios, caen á veces en uno de los vicios arriba mencionados, por las erróneas nociones que tienen del arte y destreza en propia defensa; quiero hablar de la mentira, aunque las consecuencias de ella son más infames y perjudiciales que las de ningún otro vicio. La prudencia y muchas veces la necesidad de ocultar la verdad, seduce insensiblemente á las gentes á violarla; pero tal práctica es sólo propiedad de los talentos medianos, y el único refugio de los espíritus pequeños; cuando por el contrario, ocultar la verdad en propias ocasiones, es tan cuerdo é inocente, como indiscreto é infame decir una mentira en cualquiera circunstancia. Quiero ponerte un ejemplo adaptado á tu futuro destino. Supongamos que te hallas empleado en una corte extranjera, y que el ministro de aquella corte es tan irracional ó impertinente que te pregunta cuáles son tus instrucciones. ¿Le dirás una mentira, que tan luego como se descubra (y descubierta lo

(a) J'aime qu'avec douceur nous nous montrions sages,
Et ne suis point du tout pour ces prudes sauvages
Dont l'honneur est armé de griffes et de dents,
Et veut, au moindre mot, dévisager les gens.
(MOLIÈRE.)

será ciertamente), arruinará tu crédito, difamará tu carácter, y te hará inútil allí? No. ¿Le dirás entonces la verdad, revelando los secretos confiados á tu honor? De ninguna manera. Responderásle, pues, que te sorprende tal pregunta; que estás persuadido de que él no espera que le des contestación, y que en todo caso no le darás ninguna. Esta manera de responderle le inspirará confianza en ti, y le hará formar una opinión de tu veracidad; opinión que después podrá servirte para retirar ventajas muy rectas y justas. Mas si te considera en las negociaciones como mentiroso ó engañador, no inspirarás ninguna confianza, no se te comunicará nada, y te verás en la situación de un hombre marcado en el rostro con un hierro caliente, y que, de resultas de aquella marca de infamia, no puede, aun cuando lo quisiese, ganar su vida honrosamente, sino que necesita continuar robando.

Lord Bacon hace justamente una distinción entre simulación y disimulación (a) y aprueba más bien la última que la primera; pero observa á la vez, que sólo los políticos muy débiles recurren á una ú otra. Un hombre de alma fuerte y de facultades sólidas, no se vale de ninguna de ellas. «Ciertamente, dice, los hombres » más capaces que ha habido, han sido todos francos y abiertos » en su proceder, y disfrutado de la reputación de veraces y » seguros; pero eran como los caballos de buen gobierno, porque » podían dar á conocer muy á tiempo, cuándo era necesario » detenerse y cuándo torcer; y en ocasiones en que ellos creían » que el caso requería en efecto un poco de disimulo, y se decían á usarlo, la opinión ya esparcida de su rectitud y buena » fe, servía de velo á su artificio y lo hacía casi imperceptible.»

Hay sujetos que se permiten cierta clase de mentiras, que ellos tienen por inocentes y que lo son en efecto bajo un sentido, puesto que sólo causan daño á quien las profiere. Las mentiras de esta clase son la prole espuria de la vanidad, en maridaje con la locura; tales gentes dan en lo maravilloso: han visto cosas que no han existido en ninguna parte; han visto otras que aunque en efecto ciertas, nunca las vieron sus ojos; pero hablan así por

(a) Altra cosa è dissimulazione, ed altra cosa è simulazione. La dissimulazione nasconde una cosa vera senza far comparire e senza volere far credere una cosa falsa. La simulazione nasconde una cosa vera per farne comparire una falsa, e non ha altro disegno fuorchè quello di nuocere ed ingannare. La dissimulazione può essere una virtù, ed è figlia della prudenza: la simulazione è sempre un vero delitto.

(TURCHI.) Tr.

ser cosas que pasan por dignas de ser vistas. Si se ha dicho ú hecho algo de notable en cualquiera lugar ó reunión, inmediatamente se declaran testigos oculares ó auriculares de ello. Cuentan haber hecho cosas no emprendidas, ó á lo menos no llevadas á cabo, por ningún otro. Son siempre los héroes de sus propios romances, figurándoseles que así ganan consideración; á la vez que en realidad no ganan más que ridículo y desprecio, no sin una buena dosis de desconfianza; porque uno naturalmente deduce, que quien dice una mentira por frívola vanidad, no tendrá escrúpulo de decir otra mayor en materias de interés. Si yo hubiese visto alguna cosa cuya rareza tocase en lo increíble, la guardaría para mí solo (a), antes que revelarla y dar ocasión á que se dudase de mi veracidad (b) ni por un momento (c). Ciertísimo es

(a) Las cosas de admiración
No las cuentas
Porque no saben las gentes
Cómo son.

(CASTILLA.) Tr.

(b) Como se dudó la de un embajador de una potencia del norte de Europa que refería un día al rey de Siam diversas particularidades de su país. Cuando le aseguró que en cierta época del año el agua de los ríos se endurecía hasta el punto que los hombres y los caballos podían transitar por encima, el monarca exclamó: ¡Oh! señor embajador, me contáis cosas tan imposibles que no las puedo creer. M.

(c) Por grandeza y novedad
No cuentas cosas extrañas,
Porque son de calidad,
Que no parecen verdad,
Mas mentiras y patrañas.
Nunca recites cuando hables
Grandeza, ni cosa nueva,
Que las cosas admirables
No á todos son agradables
Cuando carecen de prueba.
Muchas cosas pueden ser
Verdaderas y posibles,
Á quien las sabe entender,
Que á los de poco saber
Les parecen imposibles.

En lo mucho no está el bien,
Mas está el bien en lo bueno;
Pues en el hablar también,
Según se parla y con quién,
Así lo apruebo y condeno.

(ARANDA.) Tr.